

VISIÓN SOBRE LA LITERATURA RUMANA



LITERATURA

JOAQUÍN GARRIGÓS



Luchian: "Casa de campo"



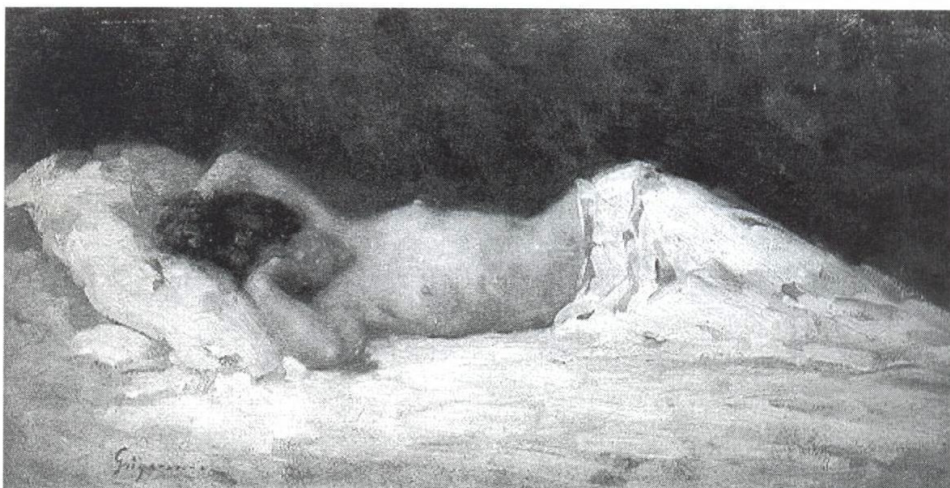
Decía Cioran que hay pueblos inteligentes pero que por hablar una lengua provinciana están condenados al anonimato. La literatura rumana no es ni mejor ni peor que otra, simplemente es desconocida. Y ello por las razones de lengua que apuntaba el pensador transilvano, ya que el hecho de haber sido escrita en un idioma que apenas rebasa las fronteras del estado rumano le quita posibilidades de expansión. A ello hay que sumar las tendencias editoriales actuales de mercantilización de la cultura, las cuales dan primacía a la literatura nacional y a la anglosajona, por ser de más fácil venta, y relegan las demás a la categoría de "periféricas", de modo que la presencia de estas en el mercado del libro es casi simbólica.

Por ello, cuando Sabas Martín me invitó a participar en un número especial de *Cuadernos del Ateneo* dedicado a la literatura rumana no pude menos de acoger con entusiasmo su idea y aceptar la invitación *ipso facto*. Y no solo por ser una ventana adonde puedan asomarse algunos autores rumanos, sino también por tratarse de una revista de la ciudad de La Laguna, de cuya universidad fui alumno durante mis años de residencia en Tenerife.

Otra razón que contribuye al desconocimiento de la literatura rumana es su relativa modernidad. Tampoco el italiano es lengua que se extienda fuera de los confines de Italia pero, desde hace siglos, es vehículo de una formidable cultura y muchos de sus autores son referencias de la literatura universal.

Por razones históricas cuya exposición no procede en estas sucintas líneas, la literatura rumana propiamente dicha no nace hasta el siglo XIX. Ese nacimiento marcha al compás del nacimiento de la propia Rumania como estado,





Grigorescu: "Desnudo"

que también tiene lugar en la segunda mitad del siglo XIX, y cuando la vieja lengua romance, que la población nunca había dejado de hablar desde la conquista de la Dacia por las legiones de Trajano, se moderniza y se transforma en una lengua literaria robusta y de enorme expresividad que alcanza su máximo esplendor con Mihail Eminescu (1850-1889), cumbre de las letras rumanas.

No obstante, y por las razones citadas, el de Eminescu es un nombre en letra pequeña en las enciclopedias cuando por la altura de su poesía tendría que figurar como uno de los gigantes del romanticismo europeo. También la falta de buenas traducciones ha impedido su valoración adecuada. Piénsese que hasta 2004 no aparece en España la primera traducción completa de su poesía y directamente del original rumano. Lo mismo podemos decir de otros autores: en 2002 se publicó la de *El lecho de Procusto*, novela de Camil Petrescu escrita en 1933, considerada la cima de la novelística rumana. A esa distancia temporal, la publicación ya solo tiene un interés histórico y cultural. En ningún caso se va ya a situar convenientemente al autor entre los escritores de su época pues a un escritor hay que valorarlo de forma coetánea a sus escritos.

Precisamente una de las características de la literatura rumana es que quizá sus mejores representantes sean poetas, lo que tampoco ayuda a su difusión. Es la novela la que da la auténtica dimensión a una literatura y la que la populariza fuera de sus fronteras.

La novela rumana, si bien cuenta con notables representantes en el siglo XIX, no alcanza niveles de calidad continental hasta



el XX, en que se rompe con el campesino autóctono como tema, con una literatura que podríamos llamar incluso regional, y se inserta en los moldes europeos.. El punto de inflexión está en 1926 cuando Hortensia Papadat-Bengescu publica su *Concierto de música de Bach*. La huella de Marcel Proust es evidente, se venía tanteando, pero hacía falta una novela como esa, de altísima calidad literaria, que lanzara a la literatura rumana en medio de las corrientes europeas y se homologara con ellas.

Ese año es el punto inicial de una etapa que dará lugar a excelentes escritores que llevarán a la literatura rumana a unos niveles que la guerra truncó y nunca más volvería a alcanzar. Por el camino abierto por Hortensia Papadat-Bengescu transitaron otros proustianos como Anton Holban o el inmenso Camil Petrescu, novelista crítico y dramaturgo, cuyas novelas se pueden comparar con las mejores que por entonces se escribían en la Europa occidental. No es exagerado afirmar que si hubiese estado en las librerías de París en los años treinta, Camil Petrescu podría haber disputado el Nobel de Literatura a los grandes escritores de entonces. La huella de Kafka la siguió Max Blecher, escritor judío muerto en plena juventud, que dejó una obra corta pero muy estimable. Todos ellos fueron escritores con personalidad propia, sin ser en modo alguno imitaciones serviles del modelo occidental.

Es la etapa de debut de Mircea Eliade, Emil Cioran y Eugen Ionescu (más tarde Eugène Ionesco). Mihail Sebastian triunfa como novelista, dramaturgo y crítico. Su diario póstumo escrito entre 1935-1944 se ha considerado uno de los grandes diarios europeos del siglo, una vez se tradujo a las lenguas de gran circulación en estos últimos años. Otros escritores como Gib Mihăescu, Vasile Voiculescu, Liviu Rebreanu, Ionel Teodoreanu, etc., son nombres desconocidos en Europa pero con un destacado lugar en la República de las Letras rumanas.

Este brillante panorama se oscurece a partir de 1945 y la literatura rumana entra en barrena. Varias son sus causas. Por un



Grigorescu: "Mujer en la playa"



lado, la muerte en plena juventud de algunos de los grandes escritores, como el citado Blecher, Mihail Sebastian, Anton Holban o Gib Mihăescu. Por otro, las consecuencias de la guerra: muchos escritores se van al exilio, como Cioran, Vințila Horia, Ionesco y Eliade, donde, con la excepción de este último, cambiarán de lengua y darán sus mejores frutos en su lengua de adopción. Otros vivirán el exilio interior, marginados por el nuevo régimen, como Hortensia Papadat-Bengescu, o incluso encarcelados, como Vasile Voiculescu, y otros pondrán su pluma al servicio del poder, como Mihail Sadoveanu y Camil Petrescu, y solo producirán obras panfletarias de propaganda política y nulo valor literario, como la novela de Sadoveanu que lleva el significativo título de *La luz viene del Este*.

Tampoco la férrea censura de los años del comunismo era lo más propicio para el desarrollo literario, sobre todo de la novela. Tan es así que los cuarenta y cinco años de régimen fueron totalmente estériles, salvo contadas excepciones, en este campo y solo se encuentran valores en la poesía de algunos autores como Marin Sorescu, Gellu Naum o Nichita Stănescu.

La caída del comunismo en el 89 abre una nueva etapa donde la literatura ya puede desenvolverse con libertad y en la que se aprecia el nacimiento de nuevos valores. Hay que colmar el desfase de más de cuatro décadas con Europa y eso no es fácil. El reto que tiene ante sí es enorme y precisa de la ayuda de los poderes públicos, quienes no parecen muy proclives a darla.

En la antología que integra este número hemos apostado por valores actuales o por escritos menos conocidos de algún clásico, como Blecher o Eliade. Otros grandes clásicos como Tudor Arghezi, Lucian Blaga, Ion Barbu, Nichita Stănescu, etc., han sido ya recogidos en antologías y publicados en forma de volumen, en alguna ocasión, aunque hoy se encuentren agotados. Por ello queremos dar primacía a voces que no han tenido ocasión de expresarse en nuestra lengua o, si la han tenido, ha sido en muy escasa medida y no por ello son menos valiosas. También el respeto a los derechos de autor nos condiciona la selección. En su mayor parte ofrecemos material inédito y, cuando no lo es, su difusión ha sido precaria. Para ellos, *Cuadernos del Ateneo* puede constituir una valiosa caja de resonancia.

